

Estudios lingüísticos en torno a la palabra

Esperanza R. Alcaide
M^a del Mar Ramos
Francisco J. Salguero (eds.)

SEPARATA



Este libro ha sido publicado gracias a la colaboración del Vicerrectorado de Extensión Universitaria y el Decanato de la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla.

© Dpto. Lengua Española, Lingüística y Teoría de la Literatura
Universidad de Sevilla

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Depósito Legal: SE-769-93

I.S.B.N.: 84-600-8475-2

Imprime: KRONOS s.a. 41004-SEVILLA. Telf.: 441 19 12

Distribuye: PÓRTICO LIBRERÍAS, S.A.
Plaza San Francisco, 17
50006 ZARAGOZA (España)
Tif.: (976) 55 70 39

DPTO. LENGUA ESPAÑOLA, LINGÜÍSTICA Y TEORÍA DE LA LITERATURA
FACULTAD DE FILOLOGÍA, UNIVERSIDAD DE SEVILLA

LA MUERTE DE LAS PALABRAS

Rafael Cano

O. Ha sido, y es todavía, un lugar común comparar los avatares de las lenguas, y los elementos que las componen, a lo largo de la historia con la vida, concepto en principio sólo aplicable al modo de existencia de unos seres entre los que destacan los llamados "animales", y entre ellos el hombre, único que al parecer puede darse cuenta de todo esto. La metáfora que convierte a las lenguas en seres vivos, en organismos de los que se pueden predicar las mismas acciones y acontecimientos que de las plantas o los animales, es vieja ya en la historia de la lingüística. A partir de ella, como polo de atracción, se han ido incorporando otros modos de designación metafórica, algunos oscurecidos con el paso del tiempo: se habla de "lenguas madres" y "lenguas hijas", del "nacimiento" de las lenguas (en 1977 se celebró el supuesto milenario de la lengua castellana, con el pretexto de que las *Glosas Emilianenses* fueron compuestas en 977: ni esa fecha es correcta (tampoco podría darse ninguna otra con tal precisión) ni las *Glosas* son castellano estricto), de su "muerte", de su "desarrollo" y "evolución", de sus "progresos" y "decadencias"; el indoeuropeísta August Scheleicher, a mediados del XIX (a él debemos muchas de esas metáforas) llegó a establecer el "árbol genealógico" de las lenguas de la "familia" indoeuropea.

Naturalmente, esas ideas podían aplicarse tanto a las lenguas como a sus elementos integrantes. Pero el aspecto de las lenguas cuyas transformaciones son más perceptibles, cuyos cambios, a veces de una extraordinaria complejidad, pueden seguirse en el decurso de la vida de una persona, son las *palabras*, el vocabulario, el tesoro léxico del idioma.

Ya en el mundo antiguo este continuo vaivén de las palabras quedó formulado en versos que se harían clásicos: Horacio, en la *Epístola ad Pisones* (versos 70-72), nos dice que las palabras mueren, pero que también pueden resucitar, y ello no depende más que del "uso":

Multa renascentur quae iam cecidere, cadentque
Quae nunc sunt in honore vocabula, si volet usus
Quem penes arbitrium est, et ius et norma loquendi

En nuestra lengua, esta imagen se deja ver ya en la *Primera Crónica General*, cuando aludiendo al cataclismo que para la Hispania gótico-romana supuso la invasión musulmana se nos dice: «Oblidados le son sus cantares, et el su language ya tornado es en ageno et en *palabra estranna*» (312a 42-44). Muchos años más tarde, Juan de Valdés lo formulará con toda claridad:

[MARCIO] ... ay muchos vocablos de los quales algunos no se usan, porque con el tiempo an envegecido...
CORIOLANO. ¿Qué dezís? ¿Los vocablos s'envegecen?
MARCIO. Sí que s'envegecen; y si no me creéis a mí, preguntadlo a Horacio en su *Arte poética*¹

Valdés no parece tener muy en cuenta el valor que los retóricos, desde el mismo Horacio o Quintiliano, atribúan a los vocablos "antiguos" («*propriis dignitatem dat antiquitas*», decía Quintiliano). El se atiene estrictamente al uso vigente en su momento, a la hora de emplear o no tales o cuales vocablos; ahora bien, no por ello deja de lamentar la pérdida de algunos vocablos: «*arriscar* por *aventurar* tengo por buen vocablo, aunque no lo usamos mucho ... *Ahé*, que quiere decir *ecce*, ya no se usa; no sé por qué lo avemos dexado, especialmente no teniendo otro que signifique lo que él ... Pésame que no se use *artero* [?], porque, como veis, es buen vocablo ... *Aleve*, *alevoso* y *alevosia* me parecen gentiles vocablos, y me maravillo que agora ya los usamos poco»; sin embargo, Valdés no es arcaizante ni en sus selecciones léxicas ni en sus ideas: «*Aya* y *ayas* por *tenga* y *tengas* se dezía antiguamente y aún lo dizen agora algunos, pero en muy pocas partes quadra», y hay muchas palabras que él no quiere usar, a pesar de que otros sí las emplean, y tales palabras «... andan en metro castellano, y en algunos libros antiguos, pero no en los modernos».

Bien conocido es también el empleo que hace Cervantes de los arcaísmos (no sólo léxicos: recuérdese su abundante recurso a la *f-*), los cuales, al aparecer en boca de Don Quijote o de algún otro personaje, entre ellos el mismo Sancho (y, a veces, incluso el autor), sirven para remedar el lenguaje de las novelas de caballerías. Esa función burlesca, irónica, es la que cumple la presencia de términos como *afincamiento*, *membrarse*, *acuitarse*, o las conjunciones *ca* o *maguer*.

Para centrar este repaso por la historia, podemos acudir a Larra; nuestro insigne periodista, en un artículo publicado en 1828, y consagrado todo él a una feroz crítica

1. *Diálogo de la Lengua* (ed. de Juan M. Lope Blanch), Madrid; Castalia, 1969, p. 118.

de un periódico rival², recuerda a Horacio para defender la innovación léxica: «... las palabras son como las monedas: se desgastan y es preciso renovarlas con otras; es verdad que son iguales, hacen su mismo oficio, pero son otras; esto apoya Horacio cuando dice [...] Que las voces tienen su juventud y su vejez». En otro artículo anterior³ el rechazo a las voces "muertas" adquiere en Larra una forma contundente: «"De muy lueñe", antigua expresión de gitanos, y el público de Madrid me parece gente más decente».

1. La sensibilidad que los escritores mostraban por el devenir de las palabras, su atención por las creaciones léxicas (para rechazarlas o para impulsarlas) y sus distintas reacciones ante las formas en retroceso o definitivamente muertas, no hallaron correspondencia en los lingüistas hasta bien avanzada la lingüística "científica", y aun así no es este un sector de la investigación que haya atraído en exceso a los estudiosos.

Varias razones pueden darse para ello. En primer lugar, la misma aplicación de la primera Lingüística "científica" iba hacia terrenos alejados de la investigación léxica. Los comparatistas e historicistas del XIX fueron en primer lugar morfológicos, y desde la década de 1830 más o menos, fonetistas. Ciertamente es que nunca se dejó de lado, sino todo lo contrario, indagar en los orígenes de las palabras; pero la Etimología se ocupaba de hallar las raíces y las vicisitudes (fonéticas y morfológicas en especial) de los vocablos existentes en la lengua moderna. Por otro lado, la orientación ideológica que vino a sustituir a los Neogramáticos, la llamada "lingüística idealista", ponía todo el énfasis en el lenguaje como creación, como acto creador, poético en su sentido originario; no iba, pues, a preocuparse por la faceta mortuoria de la lengua. Y, naturalmente, ninguna de las corrientes sincrónicas de la Lingüística de nuestro siglo (poco inclinadas, además, a introducirse en los complejos senderos de la Semántica y la Lexicología) podía verse involucrada, por razones de principio, en tales cuestiones: en el puro análisis sincrónico, conceptos como *arcaísmo* o *neologismo* están por entero fuera de lugar.

Tuvo que ser una de las derivaciones de la Lingüística histórica decimonónica la que colocara las trayectorias de las palabras en el centro de sus preocupaciones. La Dialectología, al enfrentarse con las variaciones geográficas producidas por las evoluciones divergentes de unos mismos elementos, halló que la separación entre los dialectos no se daba en haces de líneas (isoglosas) homogéneas; los cambios fonéticos no parecían darse "ciegamente y sin excepciones": por el contrario, cada palabra parecía tener su propia historia. Se abre así el camino a la Geografía lingüística, disciplina fundamentalmente lexicista, que se ocupa de analizar no sólo cómo se

2. "Donde las dan las toman", en *Artículos varios* (ed. de E. Correa), Madrid: Castalia, 1976, pp. 207-256; véase en especial la p. 239 de la citada edición crítica.

3. "Un periódico del día, o el "Correro Literario y Mercantil"", (pp. 182-207 de la misma edición; véase p. 192).

producen esas excepciones, sino sobre todo cómo las palabras se van instalando en diversas áreas dialectales, cómo resisten a nuevos elementos concurrentes, cómo triunfan o sucumben, y qué motivos producen tales peripecias y sus resultados. Como dijo Von Wartburg, refiriéndose al fundador de tal ámbito de investigación, el francés Jules Gilliéron: «Cuando se leen sus trabajos se tiene la impresión de un drama que se desarrolla ante nuestros ojos y que acaba regularmente con algunos muertos»⁴. La Geografía lingüística, pues, va a ser la primera corriente lingüística que se moleste en preguntarse el porqué de la muerte de las palabras.

No fue sólo ella: también a finales del XIX surge la Semántica, en principio únicamente de orientación histórica, y atendida en exclusiva al léxico (aún hoy siguen pensando algunos, afortunadamente cada vez menos, que la Semántica no es más que la ciencia del significado léxico). La Semántica, en principio, intenta ser la ciencia que estudia los cambios de significado en las palabras, y las "leyes" (concepto tan caro a todo positivista) en que consisten tales evoluciones. Pero la Semántica, por haber nacido léxica, confluye inevitablemente con la Lexicología: aparición y desaparición de palabras, y aparición, modificación y desaparición de sentidos son muchas veces procesos absolutamente inseparables. En 1886, tres años después del pionero *Essai de sémantique* de Michel Bréal, otro francés, Arsène Darmesteter, publicaba *La vie des mots étudiée dans leurs significations*, obra en la que junto a los modos en que cambian las palabras de sentido se establecen por primera vez de modo sistemático, científico, las "causas" de la pérdida de vocabulario.

Las causas que Darmesteter señaló en su estudio para la muerte de las palabras eran tanto de índole "externa": desaparición o retirada progresiva del referente de la palabra en cuestión, constricciones sociales sobre el uso de las palabras (lo que después vino a llamarse *tabú*, del cual en el léxico se han señalado tres tipos: tabú del "temor", tabú de la "delicadeza" y tabú de la "decencia"), como también de índole "interna": contracción excesiva del significado de la palabra, carencia de sustancia fónica y choque homonímico; por último, motivaciones "externas" e "internas" podían darse en la lucha de una palabra con competidoras (sinonímicas) más expresivas o prestigiosas (una de las razones de ese prestigio podía ser su procedencia de una lengua foránea admirada como posible modelo).

A estos motivos los lingüistas han ido añadiendo otros, en especial de tipo "interno", dado el carácter inmanentista de la Lingüística desarrollada en nuestro siglo: polisemia excesivamente molesta, defectos en la configuración fonotáctica (por ejemplo secuencias fónicas inaceptables por el sistema de la lengua, motivadas por la acción de los cambios fónicos), complejidad paradigmática o participación en alternancias morfofonémicas raras o excesivamente complejas, aislamiento morfológico,

4. *Problemas y métodos de la Lingüística* (trad. de D. Alonso y E. Lorenzo, notas de D. Alonso), 2ª ed., Madrid; CSIC, 1991, pp. 194-195.

competencia entre un número demasiado elevado de variantes, desviación del modelo formativo propio de una categoría gramatical o semántica. Salvo la primera de estas causas, bien conocida por la Semántica tradicional, todas las demás han ido surgiendo de las investigaciones etimológicas, exhaustivas y minuciosas siempre, efectuadas por Yakov Malkiel y continuadas por sus discípulos, en especial, Steven N. Dworkin, quien se ha lanzado a un ambicioso proyecto investigador para hallar las motivaciones de este tipo que pueden haber estado detrás de la desaparición de léxico en el paso del castellano medieval al español moderno⁵.

Vamos a reflexionar sobre algunas de estas pretendidas causas de la desaparición de vocabulario, teniendo a la vista procesos concretos españoles de este tipo: el análisis histórico detallado podrá inclinarnos hacia alguna de las explicaciones dadas por ellos.

2. Es bien conocido que la desaparición de objetos y costumbres se traduce en la pérdida de los signos que los nombraban. Todos tenemos la experiencia de leer obras antiguas y tener que recurrir, no siempre con éxito, a los diccionarios para saber qué clase de juego era el *boffordar* del que habla, por ejemplo, Alfonso X en el prólogo al *Libro de los juegos* ("participar en un torneo arrojando lanzas pequeñas o *bohordos* contra un armazón de tablas"), qué clase de tejidos eran los *ciclatones* ("seda pesada tejida de oro"), o a qué acto jurídico se refiere la *manquadra* del *Fuero de Madrid* ("juramento en el que tomaban parte cuatro personas" < MANU QUADRA). No hace falta, sin embargo, ir tan lejos. Hace varios años realicé una pequeña investigación sobre ciertos aspectos del habla de la localidad sevillana de Osuna⁶; al inquirir sobre el léxico propio de una actividad tan frecuente en ella como la molienda de la aceituna y producción de aceite, los encuestados me aconsejaron que me olvidara de palabras viejas: los antiguos molinos han desaparecido y con ellos todo su vocabulario, irrecuperable en gran parte para las nuevas tecnologías. Ello me hizo reflexionar sobre los grandes cementerios en que pueden convertirse las monografías dialectales y los *Atlas* lingüísticos (incluyendo al de Andalucía, obra maestra sí, pero de la que nos seguimos sirviendo para caracterizar el vocabulario de una región que tanto ha cambiado en los casi 40 años que median entre la recogida de sus materiales y hoy); con su obsesión por los dialectos "puros" e "incontaminados", con su espíritu roussonian, los dialectólogos se han ido haciendo cada vez más arqueólogos (es necesaria en ellos también la reconversión: la Sociolingüística y la lingüística de la variación pueden ayudarles a no quedar colgados en el vacío. Pero las palabras pueden recuperarse: sabemos que *azafata*, el viejo término que designaba a las camareras de

5. Steven N. Dworkin, "Phonotactic Constraints and Lexical Loss in Old Spanish", *Zeitschrift für Romanische Philologie*, 97, 1981, pp. 86-92; y "Studies in Lexical Loss: the Fate of Old Spanish Post-adjectival Abstracts in *-dad*, *-dumbre*, *-eza*, and *-ura*", *Bulletin of Hispanic Studies*, LXVI, 4, 1989, pp. 335-342.

6. R. Cano y M. Cubero, "El léxico del olivo en Osuna", *Archivo Hispalense*, 189, 1979, 41-69.

la reina (por llevar un *azafate* o canastillo mientras se vestía), sirvió para traducir *stewardess* ("mayordoma", en inglés; se trata, pues, de una simple ampliación de sentido, o mejor, de referente). Tampoco ignoramos que al antiguo *deporte* (con variante *depuerto*: "solaz, entretenimiento") se recurrió para traducir el moderno inglés *sport*, calco semántico que insufló nueva vida (¡y cómo!) al viejo vocablo. No es ello, sin embargo, lo más frecuente: supone una acción consciente, reflexiva, de quienes aceptan la novedad "real", pero quieren mantener la pureza lingüística propia; hace falta que el hallazgo sea feliz, y, por tanto, aceptable para los demás. Tal conjunción de bondades no suele darse: los reaccionarios lo son a todo, al objeto y al vocablo, y los innovadores lo son también de forma excluyente; por otro lado, el conocimiento del léxico antiguo apto para las nuevas funciones no está al alcance de todo el mundo, y la Academia, que podría servir para tal labor, se ve con frecuencia desbordada (sobre todo hoy, con el aluvión de innovaciones de todo tipo) y su autoridad no siempre es reconocida.

Ahora bien, la pérdida del referente "real" no tiene por qué suponer siempre la muerte de la palabra. No es raro que ésta siga sirviendo para los objetos que vienen a reemplazar al antiguo; piénsese en lo que pasó con *pluma* como objeto de escribir. En muchas ocasiones, cuando se pierden referente y signo, para la pérdida de éste hay otras motivaciones. Así, el olvido de *almotacén* y *almojarife*, como determinados cargos en la Administración castellana, y de *alcabala* ("impuesto sobre actos de compraventa") no se debe tanto a que sean realidades obsoletas (*alcabala*, por ejemplo, no lo es), sino a su origen, tal como parece señalar el *Diccionario de Autoridades* al recoger una cita del Padre Mariana: «Assimismo se ordenó que el Thesorero no se llamasse *Almoxarife*: apellido que por ser Arábigo era odioso». La reacción cristiano-vieja de los siglos XVI y XVII llevó a arrinconar numerosos vocablos de origen árabe, sin que la pérdida del referente pueda considerarse la única causa de ello. Así, en nombres de oficios fue frecuente que sus practicantes rehuyeran los viejos nombres moriscos, aceptando en su lugar denominaciones concurrentes de inequívoco origen cristiano: éste puede ser formación patrimonial como *barbero* (según Corominas⁷, documentado ya en el *Universal Vocabulario* de Alonso de Palencia, 1490), que desplazó a *alfajeme*, aún frecuente en el XV; pero se prefieren términos "cultos" (lo cual, de paso, dignifica también la actividad), como *arquitecto* frente a *alarife*, o más tarde *veterinario* frente a *albéitar* (anterior había sido el declive de *alfayate* frente al galicismo medieval *sastre*).

En otras ocasiones, la pérdida del referente es sólo parcial. En los últimos tiempos del Imperio Romano y en la época "bárbara" la vivienda habitual de la mayor parte de la población debía de ser bastante miserable: eso es lo que nos explica que el

7. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (en colaboración con J. A. Pascual), Madrid: Ed. Gredos, 1980-1991.

latino DOMUS desapareciera dejando sitio a CASA > *casa* (DOMUS sólo pervivió para el único edificio que seguía teniendo cierta nobleza de construcción: de ahí, por ejemplo, italiano *duomo* para "catedral" o "casa del obispo"). Situación semejante sería la que condenó a EQUUS sustituyéndolo por CABALLUS ("caballejo, caballo de pobre"). En uno y otro caso, los derivados romances (en español *casa* y *caballo*) volvieron a designar lo que aquellos términos latinos; pero su triunfo en la lengua está vinculado a una época en la que esos nobles elementos habían desaparecido casi por entero de la vida cotidiana. En cierto sentido, es también la explicación que podemos dar a la extraordinaria simplificación de los términos de parentesco en el proceso que llevó del latín imperial a los romances primitivos: las relaciones "reales" naturalmente siguieron siendo las mismas, pero su codificación jurídica no, y al no existir con efectos prácticos y concretos en la vida diaria desaparecieron de la lengua.

Puede ocurrir también que no sea el referente el que desaparezca, sino que los hablantes huyan de él, no deseen mencionarlo: nos encontramos ante los "tabúes" lingüísticos, es decir, prohibición social de hablar de ciertos objetos, procesos, acciones, etc. Ahora bien, como en la mayoría de los casos no se puede prescindir en la vida cotidiana de referirse a tales realidades sometidas al tabú surgen nuevas denominaciones para ellas, denominaciones que la sociedad, o ciertas capas de ella, con notable hipocresía, considera aceptables, incluso "nobles", pese a que siguen refiriéndose a lo mismo: se trata del *eufemismo* (que en ocasiones pretende incluso "mejorar" la realidad nombrada: así, *empleada del hogar* pretende designar algo menos "servil" que *criada* o *sirviente*: no olvidemos, por cierto, el decisivo papel de las connotaciones en todo esto)⁸. De esta forma, los términos primarios para tales realidades sometidas a tabú pueden desaparecer o llevar una vida clandestina (y ello puede ocurrir también con sus sucesivos sucesores eufemísticos).

Una de las historias léxicas más notables cuyo origen último parece estar en un cierto sentimiento supersticioso ante lo nombrado es la que desarrolló Menéndez Pidal⁹ a propósito de los herederos y sustitutos de MUSTELA. El término primitivo, así como algunos derivados (diminutivos), desapareció de casi toda la Romania, y también de buena parte de España (aunque continúa en catalán). Los sustitutos fueron variados: en el área aragonesa, *paniquesa* (< *pan* + *queso*, aludiendo a su color), en el Norte y Oeste (dialectos cantábricos y asturianos, gallego y portugués) herederos de *BELLITA, GLIRIA, DOMNICELLA, y en la mayor parte del castellano resultados de COMMATER (con diminutivo -CULA: *comadreja*). No muy diferente es la historia de los descendientes de VULPES, animal que suscitaba también un fuerte temor: el heredero

8. Véanse S. Ullmann, *Introducción a la Semántica francesa* (trad. y notas de E. de Bustos Tovar), Madrid, CSIC, 1974 (reimpr.), pp. 98-100 y 348-356; y R. Senabre, "El eufemismo como fenómeno lingüístico", *Boletín de la Real Academia Española*, LI, 1971, pp. 175-189.

9. *Orígenes del español*, 8ª ed., Madrid; Espasa-Calpe, 1976, §84bis₃₋₇ (pp. 397-405).

de la forma diminutiva, *gulpeja*, llega hasta el XIV, en que se acaba evitándola para preferir denominaciones indirectas: en primer lugar, *raposa* (antes, *rabosa*) aludiendo a su gran rabo, y luego, ya a fines de la Edad Media, *zorra* (¿a partir de un supuesto significado primitivo "perezoso"?).

Sin embargo, el tabú no tiene por qué suponer la muerte de la palabra afectada. Ello se muestra con claridad en la pareja *siniestro/izquierdo*; las connotaciones diabólicas sólo produjeron el cambio de sentido en *siniestro*, que dejó de indicar localización relativa (no obstante, en el período latino tal tabú fue quizás responsable de la pérdida de *LAEVUS* y *SCAEVUS*). Tampoco en los términos reseñados recientemente por Ralph J. Penny¹⁰ como producidos por los tabúes de "delicadeza" (*cretino* (< *CHRISTIANU*), *tullido*), y la "decencia" (*manceba*, *barragana*, *buscona*, etc.) observamos que se haya producido la pérdida de vocablos en la lengua general: en todo caso, algunos han ido quedando desterrados de las formas "cultas" de hablar.

3. Muchos de los casos de pérdidas léxicas que podríamos incluir en el sector de que hemos venido hablando parecen atañer más bien a la Antropología histórica que a la Lingüística propiamente dicha: se trata de cambios en los que se reflejan muy bien las complejas interacciones entre lengua y sociedad (o mundo "exterior"), son además historias extraordinariamente atractivas tanto para el lexicólogo como para el historiador de la cultura, pero en último término son cambios en que lo lingüístico parece quedar como subordinado, dependiente, ante procesos de otra naturaleza. Por tanto, de mucho mayor interés para nosotros deben ser los casos en que la pérdida de vocabulario tiene que ver ante todo con problemas lingüísticos.

Como ya señalamos arriba, fue la Geografía lingüística, con uno de sus padres fundadores al frente, el francés Jules Gilliéron, el que a principios de este siglo puso tales cuestiones en el centro de la investigación lingüística. Para Gilliéron el núcleo de las historias léxicas consistía en dos momentos que eran dos fases de un conflicto: el surgimiento de una situación "patológica", de un problema, en una forma léxica, bien en sí misma o en su relación con otras; a partir de ahí, la lengua desarrolla una "terapéutica" que soluciona el conflicto. Muchas veces, esa "terapéutica" consiste en la eliminación de la forma conflictiva.

Los conflictos pueden ser muy variados. En realidad, Gilliéron no llegó a superar el viejo esquema neogramático de ley fonética y analogía, sólo que él no se preocupó por las leyes fonéticas, o mejor, pareció no creer en ellas (de ahí la importancia dada a la "etimología popular", alteraciones formales en los vocablos a partir de supuestas relaciones con otros), y centra su atención sólo en las dificultades que genera en el léxico el funcionamiento de los cambios fonéticos (Gilliéron, pues, no ataca a los

10. *A history of the Spanish Language*, Cambridge University Press, 1991 § 5.1.4., (pp. 257-260).

Neogramáticos en su propio campo: él habla de otras cosas¹¹). Así, considera los casos en que las alteraciones fonéticas llevan a una excesiva mengua del cuerpo fónico de la palabra (ello es mucho más frecuente en francés que en otros idiomas románicos: lat. *APEM* > *é*, que hubo de ser sustituida por formas ampliadas: *és*, diminutivas: *essette*, préstamos (del provenzal): *abeille*, o nuevas creaciones: *mouche à miel*), o aquellos en que se producen homonimias "molestas" ("choques, colisiones homonímicas" era el término preferido de la Escuela: es famoso el caso de *GALLUS* y *CATTUS*, que en gascón hubieran coincidido en *gat*, por lo que para el primero surgieron sustitutos imaginativos como *aza* "faisán" o *bigey* "vicario"). Es difícil decidir cuándo una homonimia es peligrosa: pueden considerarse tales aquellas en que los términos implicados pueden aparecer en los mismos contextos. Dada una situación semejante, la lengua, pues, reacciona creando nuevos elementos (en general, lexemas metafóricos o más "expresivos") que vienen a "curar" la "enfermedad" padecida mediante la sustitución de los elementos "afectados". Algo así ocurre también en los casos de polisemia molesta, lo que Guilléron llamó *sursaturation* semántica, y que se ha traducido efectivamente, como la Geografía lingüística se encargó de mostrar, en el reemplazamiento de esos lexemas por otros (en todos sus sentidos o sólo en algunos de ellos).

Son varios los casos españoles para los que se han aducido razones de este tipo. Ahora bien, la simple explicación de pérdida de una palabra por excesiva reducción de su cuerpo fónico o por homonimia peligrosa con otra no basta siempre. Ya Wartburg criticó en los análisis de Gilliéron que éste concibiera la aparición de sinónimos que venían a resolver el problema patológico como una consecuencia de éste, una vez producido, y no como algo previo, nacido de la libre fantasía creadora en el orden lingüístico de los hablantes; para Wartburg, ello nacía del peculiar modo en que los *Atlas* recogen el material: en una localidad un solo informante responde a preguntas ya construidas que sólo admiten una respuesta. Pero hay más dificultades para admitir sin más el valor causal decisivo de las situaciones expuestas por la Geografía lingüística para los procesos diacrónicos que se supone desencadenan: ciertamente, la lengua tolera mal los homónimos absolutos, aunque no siempre (cfr. *romero* < *ROS MARINUS* / *ROMA* + *-ARIU*, o *cola* < *CAUDA* / *KOLLA*), sobre todo si puede relacionarlos semánticamente, es decir, convertirlos en sentidos diversos de un solo signo (piénsese en la frecuencia con que *macho* = "de sexo masculino" / "mazo" / "mulo" se ha considerado descendiente de un solo étimo, o al menos de dos, no de tres: *MASCULUS* / **matteus* / port. *macho* < *mu(l)acho* < *MULUS*)¹², o si la imagen gráfica puede servir de recuerdo distinguidor (*pollo* / *poyo*, *haya* / *aya*, etc.); es más

11. Wartburg, *op. cit.*, pp. 230 y ss.; Ullmann, *op. cit.*, pp. 302-313.

12. S. N. Dworkin, "Homonymy and Polysemy in Diachronic Perspective: the Genesis in Spanish of *macho* 'male', *macho* 'mule', and *macho* 'blacksmith's hammer'", en R. Harris-Northall & Th. D. Cravens (eds.), *Linguistic Studies in Medieval Spanish*, Madison, 1991, pp. 15-28.

normal que las polisemias se mantengan durante tiempo (recuérdese, p. ej., el caso de *banco*); y los términos de escasa entidad fónica pueden sobrevivir si se hallan en un ámbito donde su estructura fónica no choque. Ahora bien, aun admitiendo que tales situaciones "patológicas" constituyen un factor en la muerte de las palabras, creemos que no es el único, y a veces ni siquiera el decisivo. Aquí también la noción de "multicausalidad", tan grata a Yakov Malkiel, debe imponerse.

Es habitual la explicación que solemos dar los historiadores del español para el hecho de que OLEUM no haya dado aquí resultado, siendo sustituido por el arabismo *aceite*: la casi segura homonimia con *ojo* < OCULUM. Ahora bien, no hemos de olvidar la realidad económico-política (y política a secas) en que estaba situada la Península en los llamados siglos de "orígenes": la franja norteña, en la que se desarrollan los reinos cristianos (León, Castilla, Galicia y el primitivo condado portugués), no conoce ni ha conocido nunca olivos ni ha transformado sus frutos: el *aceite* era un producto importado del Sur, Sur que entonces era Al-Andalus, la España árabe. Nada de raro, pues, tiene que con los objetos (el fruto y el preciado líquido obtenido de él) llegaran también los nombres (Cataluña, en cambio, tenía olivares propios: de ahí *oli*); ello está en relación, aunque no sabemos en qué dirección de causa-efecto, con que el derivado de OLEUM fuera *semiculto* y se aplicara al líquido utilizado en las prácticas religiosas (*olio*). Pero ¿por qué se quedó el románico *olivo*, rompiendo así la relación formal entre nombre de árbol y de fruto? no lo sabemos con seguridad, pero quizá el papel tan importante del *olivo* en los relatos bíblicos (leídos, hay que recordarlo, en el latín de la *Vulgata*) ayudara a la perpetuación del vocablo.

Frente a un caso como el anterior, en que la posible colisión de *ojo* < OCULUM y **ojo* < OLEUM ni siquiera llegó a manifestarse en la escritura (en todo caso habría que hablar de "profilaxis" preventiva más que de "terapia"), en otros la homonimia no sólo duró mucho tiempo sino que además atrajo a sí a un tercer término. En castellano medieval convivieron tranquilamente *faz* < FACIEM y *faz* < *fasce* (aunque en éste hubo también *f-*, *h-*, *açe*) y además incorporaron con cierta frecuencia a *az* < ACIEM, convirtiéndolo en *faz*¹³. La contienda, si es que hubo tal, terminó en el Siglo de Oro, en que *cara*, documentada desde los orígenes, pero siempre más vulgar, acabó desplazando a *faz-haz*, variantes que se escindieron restringiendo extraordinariamente sus posibles contextos (*faz* es literario o religioso, *haz* queda para las monedas); por su parte, el descendiente de ACIEM desapareció ante otros vocablos militares (tampoco Corominas cree en la homonimia como razón de la desaparición de *faz-haz* < FACIEM: se perdió también en otros idiomas donde tal conflicto no existió; para él lo único decisivo es la concurrencia con *cara*).

13. Y. Malkiel, "La *f-* inicial adventicia en español antiguo", *Revue de Linguistique Romane*, 18, 1954, pp. 161-191.

Otro caso en que la homonimia no sólo no se rehuyó sino que se buscó decididamente fue el de los herederos de GENUCULUM y FENUCULUM. El resultado normal de ambos fue el de *enojo/fenojo* respectivamente; la *-i-* de *inojo*, *finojo* pudo ser transmitida del primero (¿influjo de la palatal inicial primitiva?) al segundo; y durante toda la Edad Media fue frecuente *finojo* "rodilla" con *f-* extendida quizá a partir de la expresión «fincar los (f)inojos». También aquí el sustituto de (*h*)*inojo* (proceso que ocurrió a lo largo del XVI), *rodilla*, está documentado desde el XIII. La homonimia, pues, fue tolerada, incluso intensificada, durante un largo tiempo. No obstante, al final se evitó. Ahora bien, cabría preguntarse si no pudieron actuar otros factores: ¿la proximidad fonética de dos partes del cuerpo tan lejanas como *inojo* y *ojo* (cfr. la expresión *en ojo*)? ¿o, mejor aún, la mayor facilidad derivativa de *rodilla* (→ *arrodillar(se)*), dado que (*a*)*hinojar(se)* estaba demasiado próximo a *enojar(se)*, siendo tan distintas las realidades, y sus implicaciones, que designan?

No se trata, pues, de eliminar el valor explicativo de la homonimia en los casos de pérdida léxica. Se trata de mostrar que, al igual que Gilliéron lo intentó con las leyes fonéticas, cada caso de homonimia "tiene su propia historia". Aquí no se trata del cumplimiento de las transformaciones que alteran la forma de los vocablos de acuerdo con unas pautas fónicas que caracterizan a una variedad lingüística como tal; ni tampoco de la inserción de esos vocablos en tales o cuales categorías gramaticales, modos de construcción, etc. Se trata de su uso o no uso directo, como mecanismos con los que se alude (el hablante cree que sin intermediarios) a las cosas, a la realidad que está más allá de nuestro hablar. No es extraño, pues, que en estas situaciones conflictivas haya que mirar mucho más de cerca el uso real de las palabras en situaciones concretas; para los períodos antiguos, eso supone un estudio más detenido de los textos.

4. Lo mismo que hemos dicho para la homonimia valdría para otros motivos habitualmente alegados en la muerte de las palabras, p. ej. la escasa entidad fónica de los vocablos. Aquí también los historiadores han comprobado siempre que las causas no suelen ser únicas. Así, en la pérdida de EDERE "comer" y en la de OREM "boca" actuaron tanto la cortedad de los vocablos, que ciertos cambios fonéticos podrían intensificar, como las respectivas homonimias con ESSE (coincidían en algunas formas) y AUREM "oído" (aquí, una vez concluido el paso AU > O, no inmediato por cierto en muchas hablas románicas). Al mismo tiempo, sobre todo en el primer caso, no hay que olvidar la concurrencia de formas previamente existentes, más "expresivas", o con mayor "motivación", real o supuesta: COMEDERE evocaba el "comer por completo, devorar" (y ¿por qué no "comer en compañía", dado su prefijo?; ¿pudo haber algún enlace posterior con el calco *compañón*?); MANDUCARE recordaba un origen jocoso. Este último carácter, lo que se suele denominar *expresividad*, ha sido reconocido por todos los romanistas como responsable de un gran número de sustituciones léxicas en latín tardío: términos jergales frente a otros "ordinarios", diminutivos afectivos frente a primitivos, etc. El triunfo de AURICULA, APICULA, ACUCULA, CUNICULU, OVICULA,

etc., o de intensivos verbales como CANTARE, AUSARE, DORMITARE, etc. ha de vincularse a un entorno social inculto, jocosos e imaginativo, como debió de ser el existente en la época final del Imperio. Tratando problemas semejantes a los aquí comentados, Wartburg habló de la «ruina en masa de palabras usuales latinas a fines del Imperio y su sustitución por otros términos cada vez más vigorosos y toscos [...] fiel reflejo de la decadencia de la cultura en aquella época», concluyendo que «sobre esto pudiera escribirse todo un libro»¹⁴.

Ese entorno es también el responsable de la simplificación de muchas oposiciones léxicas existentes en el latín de la época clásica, oposiciones binarias privativas sobre la base de un rasgo diferencial. En épocas de hundimiento de todo un mundo, político, social, económico, cultural (como fue el hundimiento del Imperio Romano), se olvidan las sutiles distinciones significativas desarrolladas y cultivadas en épocas de refinamiento mental. En este ámbito se explica fácilmente la pérdida de oposiciones mediante la desaparición de uno, a veces más, de sus elementos componentes. Coseriu, en 1964¹⁵, señaló cómo en los adjetivos de color la oposición 'color' / 'color brillante' fue eliminada: en el caso de ATER "negro" / NIGER "negro brillante", sólo quedó éste último (precisamente, el término marcado, lo cual no es lo más frecuente en tales casos); en ALBUS "blanco" / CANDIDUS "blanco brillante" el resultado fue la pérdida de los dos elementos, con la entrada de un germanismo, el antecedente de *blanco*, cuyo significado era precisamente el de "brillante", por lo cual, en último término, el proceso fue muy parecido al de ATER/NIGER.

No fue éste el único caso. En latín tardío, y por tanto en las lenguas románicas, cayeron también las distinciones entre URBS "ciudad física" y CIVITAS "conjunto de ciudadanos", IGNIS "fuego" y FOCUS "fuego del hogar", MAGNUS "grande en sentido moral" y GRANDIS "grande en sentido físico", etc. Como puede observarse, los términos que sobrevivieron (cfr. esp. *ciudad, fuego, grande*) son los que se refieren a las realidades más inmediatas, concretas: en la baja latinidad las ciudades no eran las urbes romanas, sino algo mucho más modesto, un conjunto de gentes, lo que importaba que ardiera era sobre todo el *fuego* de la casa (el del *hogar*, derivado precisamente de *fuego*); y el tamaño que atraía la atención era el material y sensible a la vista y al tacto¹⁶. Es curioso también, e ignoro hasta qué punto podrían sacarse de ahí ciertas consecuencias, que de la triada de adjetivos para la ancianidad: SENEX ("para personas") / VETULUS ("para plantas y animales") / VETUS ("para cosas", pero

14. *Op. cit.*, p. 197.

15. "Para una Semántica diacrónica estructural", incluido en *Principios de semántica estructural* (trad. de M. Martínez Hernández), Madrid: Ed. Gredos, 1977, pp. 11-86.

16. Para más procesos de este tipo véanse: V. Väänänen, *Introducción al latín vulgar* (trad. de M. Carrión), Madrid: Ed. Gredos, 1975 (reimpr.), pp. 128 y ss.; y I. Iordan y M. Manoliu, *Manual de lingüística románica* (revisado por M. Alvar), Madrid: Ed. Gredos, 1972, pp. 78 y ss.

en ciertas condiciones también para personas) sólo quedara el segundo (esp. *viejo*); ¿podrían investigarse las condiciones de uso que facilitaron esa extensión de un término restringido a costa de los demás? ¿humorismo, ternura...? La oposición, no obstante, se reconstruyó en parte con la introducción, ya antigua en castellano, de *anciano*, sólo aplicable a personas.

Otras simplificaciones fueron también recuperadas luego: la tríada HOMO (término extenso) // VIR (sexo masculino) / FEMINA (sexo femenino), perdida en otros romances (cfr. fr. *homme / femme*) se reconstruyó en español: *hombre // varón / mujer*, aunque en el uso real la oposición sea binaria y extensiva entre *hombre* y *mujer* (con todos los problemas que los adversarios al sexismo de la lengua se encargan de airear).

5. Ya señalamos al principio de esta exposición que sólo en los últimos años y gracias al denodado esfuerzo de Yakov Malkiel y sus discípulos (en especial Steven N. Dworkin) se está investigando en los condicionamientos "internos" que pueden influir también en la pérdida de determinados vocablos. Problemas en la evolución como pueden ser la actuación de cambios fónicos no bien delimitados (lo que Malkiel llamó, con feliz expresión, *cambios débiles*¹⁷) que provocan una competencia de demasiadas variantes en lucha, situación que lleva a la incomodidad y desconcierto de los hablantes, los cuales pueden acabar prefiriendo olvidarse de tal palabra; el difícil encaje de ese vocablo en los paradigmas morfológicos que le corresponden por su naturaleza gramatical, lo que suele conducir a la interferencia de formaciones analógicas variadas, causa nuevamente de desconcierto en los hablantes...; problemas todos ellos que conviene investigar en la pérdida léxica, y que son especialmente frecuente en los verbos.

En este sentido, es paradigmática la historia de *exir*, verbo anticuado ya en el s. XIV según Corominas, y también Malkiel¹⁸. Dado el étimo, EXIRE, en las formas rizotónicas no es de esperar la diptongación de E, ya que lo impediría la *yod* del grupo -ks-: de ahí que Menéndez Pidal considere como propiamente castellanas las formas de tipo *exe*, etc. Ahora bien, formas con diptongo: *yexe*, etc. son frecuentes; el diptongo podría explicarse por analogía con casos en que tal *yod* no existía, pero tampoco hay que olvidar que la *yod* verbal normalmente no impide la diptongación: DORMIO > *duermo*, FERIO > *hierro*, etc. (no obstante, en EXIT la *yod* no es de las llamadas derivativas, presente sólo en la 1ª singular del indicativo presente y en todo el presente de subjuntivo, sino que pertenece al cuerpo léxico del verbo, y se halla,

17. Véase: "Paradigmatic Resistance to Sound Change", *Language*, 36, 3, 1960, pp. 281-346 (281-291); "Weak Phonetic Change, Spontaneous Sound Shift, Lexical Contamination" (1960), en *Essays on Linguistic Themes*, Oxford, 1968, pp. 33-45; y "The Interlocking of Narrow Sound Change, Broad Phonological Pattern, Level of Transmission, Areal Configuration, Sound Symbolism", *Archivum Linguisticum*, 15, 2, 1963, 144-173 (147-149).

18. "Diphthongization, monophthongization, metaphony", *Language*, 42, 2, 1986, 430-472 (457-458).

pues, en todo el paradigma). A partir de *yexe* podemos explicar la aparición de formas del tipo *yxe*, con *ie* > *i*, bien por analogía con otros muchos verbos del modelo *pedir-pide*, *decir-dice*, o simplemente por la monoptongación de *-ie-* ante la palatal (como *G(u)adiex* > *Guadix*). Este último paradigma era el más adecuado al que se generalizaría después para los verbos *-ir* con vocal radical palatal; pero ello no había triunfado aún en el XIII, y la competencia, no sólo de *yexe*, sino también de *exe* (forma fonéticamente regular) era fuerte, siendo ésta última la más anómala desde el punto de vista morfológico. Si a ello añadimos la existencia de formas que muestran la penetración de otro rasgo expansivo analógico (la velar, más o menos próxima a los "incoativos", de *exca*, *isca*, etc.) entenderemos fácilmente por qué los castellanos prefirieron *salir*, verbo que sólo presentaba la contienda entre *salgo*, *salga...* y *salo-sala...*, contienda decidida rápidamente en favor del primero (¿quizá para evitar cualquier homonimia con *salar*?).

La excesiva concurrencia de formas variantes en un verbo, en ciertas personas y tiempos de un verbo, ha sido en parte la responsable del progresivo desuso de verbos españoles. Así, *IACERE* y *PLACERE* hicieron sus presentes como *yago*, *yazes...* *yaga*, *plago*, *plazes...* *plaga*, del mismo modo que *fago*, *fazes...* *faga* (donde *-kj-* no dio la habitual *z* o *ç*); pero la analogía de los incoativos introdujo *yazco...* *yazca* y *plazco...* *plazca*, y más tarde *yazgo...* *yazga*, *plazgo...* *plazga*. Ante esto, no extraña que hoy uno y otro verbo hayan perdido el favor de los hablantes. Hay, por supuesto, otras razones también: *yazer*, de gran uso en la Edad Media, se fue especializando en el uso de las lápidas funerarias (hoy es éste su único empleo) y en el sentido juguetón de "acostarse con alguien" (de él, de su pretérito *yogue...*, se inventó en el XVII un *yogar*, quizá influido también por *jogar* < *IOCARE*, tan próximo en todos los sentidos¹⁹; probablemente a ello se debió el cambio, inexplicable de otro modo, *jogar* > *jugar*); por todo ello acabó convirtiéndose en un verbo vitando.

Podríamos citar otros casos. Entre ellos, *asir*: al regular *aso*, *ases...* *asa*, general en la Edad Media, la época clásica opuso extensiones analógicas incoativas como *asco*, *asca...* *azco*, *azca*, *asgo...* *asga*; ello y la excesiva proximidad a *asar* (antes diferenciados por la sonora de *asir* frente a la sorda de *assar*) precipitaron su caída ante *coger* (o *agarrar*, en las zonas donde el primero ha adquirido connotaciones sexuales). Por último, las anomalías en el comportamiento vocálico han condenado también al ostracismo a ciertos verbos. Así, *podrir-pudrir*, excepción vacilante de *o/u* ante *-f-*, no es usado en formas con esa configuración vocálica. La entrada tardía de *abolir* o *agredir* les ha impedido participar en la configuración vocálica de los verbos *-ir* (tipos *dormir* y *subir* para la vocal velar, *herir*, *pedir* y *vivir* para la palatal), en especial cuando la vocal radical es tónica (¿*abuelo-abulo-abolo?*,

19. Y. Malkiel, "New Problems in Romance Interfixation", *Romance Philology*, XXVII, 3, 1974, 304-355 (para los problemas particulares de *yacer*: 314-316).

¿*agriedo-agrido-agredo?*), prefiriéndose la forma invariable, precisamente la no adecuada a los esquemas de la conjugación española. De nuevo, no nos sorprende que tantas vacilaciones sean responsables del uso "defectivo" de tales verbos, paso previo, con toda seguridad, a su futura desaparición. Finalmente, en 1981 Dworkin²⁰ llamó la atención sobre la retirada de *loar* y la inexistencia de derivados de *CLAUDERE* en español: las combinaciones vocálicas de *loo*, *loas...* *loe* y las hipotéticas de **lloo*, *lloes...* *lloa* hacen a tales verbos rechazables por los oídos hispánicos. Razones semejantes son las que han llevado a los verbos *roer* y *raer* a soluciones como *royo* / *roigo*, y *raigo* (esta última demasiado próxima a *arraigo*); tal número de variantes hace que sólo se empleen formas no conflictivas, sobre todo en el primero, formas en que la misma desinencia unida a la raíz genera una *-y-* de función antihiática (*royendo*, etc.), mientras que en el segundo tales formas no son tan populares quizá porque en algunos casos colisionan con las de otros verbos, más lejanos además en sentido (*rayó* = *raer* / *rayar*).

No sólo en los verbos se producen tales "constricciones fonotácticas", como las denomina Dworkin. La evolución fonética genera también combinaciones poco aceptables en los nombres. A este respecto, se ha señalado que la caída de *-D-* latina, tan frecuente en español, pudo verse impedida en aquellos casos en que el contacto de vocales hubiera sido inusual: la conservación, pues, de la consonante intervocálica en *crudo*, *desnudo*, *grado*, *vado*, etc. habría tenido una función preventiva (incluso pudo haber un esfuerzo como *ALAUDA* > *alondra*, por cruce con *golondra*, *golondrina*); tal hipótesis se ve reforzada porque donde en efecto cayó *-D-* se reconstruyó otra consonante: *cola* (< *CAUDA*). De ahí que en español tales combinaciones de vocales denoten un claro origen foráneo: *nao*, *canoa*, *barbacoa*, *bacalao*, etc. Por el mismo motivo explica Dworkin la eliminación de *rúa* en favor de *calle* (*rúa* ya no estaba vivo en el Siglo de Oro) y de *lúa* por *guante* (la entrada de *guante* y la salida de *lúa* se dan en el XIV).

También las combinaciones consonánticas inaceptables pueden estar detrás de las pérdidas léxicas, pese a lo habitual de los procesos de reacomodación de los grupos consonánticos. Podríamos citar el caso de *laz(e)rar* (< *LACERARE*), con variantes *lazzar*, *lazdrar*, inadmisibles en el idioma; la posible simplificación *ladrar* suponía una homonimia intolerable ("sufrir" y "ladrar" son conceptos muy distintos, pero además el segundo rebajaría la gravedad doliente del primero si ambos coexistieran en un mismo significante fónico); otras soluciones: *lazar*, *larzar*, no tuvieron éxito.

La concurrencia de formas, que en un momento dado puede considerarse excesiva por los hablantes, surge también de la actuación vacilante de determinados cambios fónicos, sin necesidad de interferencias analógicas. Malkiel ha estudiado dos casos que

20. Art. cit. en n. 15.

parecen justificar cómo, ante situaciones de este tipo, los hablantes reaccionan eliminando los vocablos molestos o desconcertantes.

El primero de ellos se refiere al heredero romance de GAUDERE²¹: mientras en otras lenguas románicas ha pervivido con normalidad, en castellano no llegó a tomar cuerpo, debido quizá a la contienda indecisa entre perder o no la -D-, por lo que un doblete **goír/godir* no fue admitido, tanto más cuanto que el sustantivo *gozo*, *goço* había generado el verbo *gozar*, carente de problemas de ese tipo. No hay que olvidar tampoco las posibles dificultades de conjugación que plantearía un **goír* (aunque en *otr* se solucionaron fácilmente: pero es verbo más necesario y sin alternativa fácil).

Más compleja es la historia de los derivados del latín FIDUCIA²²: básicamente, pueden reducirse a tres, el semiculto *fiuzia*, quizá el punto de partida de los demás, y las formas disimiladas *fiuza* (más parecido al original por compartir la misma sílaba tónica) y *fuzia*, favorecida a finales de la Edad Media por permitir el cambio f- > h- (en *fiuz(i)a* el diptongo de la primera sílaba lo dificultaba; *huzia*, según Malkiel, perdió prestigio por acercarse demasiado al terreno de *juizio*, una vez velarizada la palatal: sin embargo, f- > x-, a través de h-, es muy limitado en español). A estas variantes había que añadir las ocasionales provocadas por el contagio con *fe*: *feuzza*, etc. Tal proliferación de formas, sin diferencias de sentido entre ellas, sin reparto de niveles sociolingüísticos definidos y sin un reparto geográfico visible, llevó a los hablantes a preferir *confiança* (> *confianza*), que claramente les inspiraba mucho mayor confianza.

6. Hemos considerado en esta exposición el problema de la pérdida léxica, de la muerte de las palabras, como hechos consumados de los que hemos buscado tales o cuales causas. Ahora bien, aquí como en tantas otras facetas del lenguaje nos encontramos con procesos que pueden ser de larga duración y conflictivos en su modo de producirse; de hecho, ya hemos hablado en ciertos casos de verbos "defectivos", vocablos "poco usados", etc. La eliminación de vocabulario no suele realizarse por igual en todos los estratos socioculturales de la comunidad hablante ni de una forma inmediata, directa en el tiempo: de ahí los "arcaísmos" de la lengua, que sólo lo son con respecto a la norma dominante, pero que en sus respectivas áreas son elementos vivos y funcionantes (por ello, es tan difícil definir adecuadamente lo que es *arcaísmo* y, sobre todo, delimitar los arcaísmos de una lengua tan extendida como la española). Las áreas en que los vocablos en retroceso suelen refugiarse pueden ser las lenguas "especializadas" (lenguajes técnicos, jergas de oficios o de grupos, habla rural, etc.), algunas de las cuales muestran rasgos claramente conservadores, por lo que

21. "La vacilación fonética como causa de una pérdida léxica", en *Homenaje a Fernando Antonio Martínez*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1979, 34-54.

22. "La fragmentación de FIDUCIA en hispanorrománico", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXVI, 1, 1977, 1-15.

hablaremos de "arcaísmos" siempre que el vocablo aparezca exclusivamente en ellas; también los elementos desplazados de la norma común pueden recluirse en zonas dialectales marginales o en aquellas que recibieron en primer lugar la expansión de una lengua, sin participar luego de sus ulteriores innovaciones (lo que, según varios romanistas, ocurrió en el latín de Hispania). Finalmente, es sabido que las palabras en desuso pueden ser recuperadas por la lengua literaria, y en el empleo de arcaísmos está uno de los recursos estilísticos y de caracterización textual que se pueden hallar en ella. En el conjunto de la "lengua histórica" podría hablarse con mayor seguridad de "arcaísmo" cuando el término en cuestión sólo aparece en expresiones fijadas, sin otros usos independientes.

Pero el análisis detenido de este proceso es materia para otro trabajo.